

# Ardo de amor por mí\*

Silvina Fernández

*Espacio Psicoanalítico de Barcelona*  
*Balmes, 32, 2º 1ª – 08007 Barcelona*  
sfernandez@epbcn.com  
+34 93 454 89 78

14 de Mayo de 2022

## 1 Introducción

En un texto anterior, *En la trampa* [3], reflexionamos acerca de ciertas transformaciones que se habían producido en las relaciones existentes entre la vida pública y la vida privada, principalmente, en occidente. Comentamos, de forma más detallada que lo expuesto aquí, que en la segunda mitad del último siglo, como consecuencia de diversos cambios producidos en los ámbitos del trabajo, en el doméstico y en el familiar, los individuos conquistaron el derecho a tener una vida privada autónoma. Y este logro provocó que la vida privada, tal y como se concebía entonces, se desdoblase y surgiese una *vida privada individual*, más aislada.

En este texto, abordaremos otras repercusiones de este fenómeno. Zygmunt Bauman, sociólogo y filósofo polaco, se interesó mucho en las formas de vinculación actuales y reparó en que en ellas se ejerce un doble movimiento: por un lado, se espera cierta unión y conexión con los otros; por otro, simultáneamente, se teme el rechazo produciendo así un vínculo lábil y la vez, se desean con fervor las relaciones con los otros, pero si se tornan fuertes y duraderas se perciben como una carga.

En la clínica, observamos que esta ambivalencia tiene como consecuencia el reforzamiento de rasgos narcisistas en algunos pacientes. Por eso, no nos

---

\*URL de este documento: <https://www.epbcn.com/pdf/silvina-fernandez/2022-05-14-Ardo-en-amor-por-mi.pdf>. Ponencia presentada el sábado 14 de mayo de 2022 en las XXI Jornadas Psicoanalíticas del EPBCN, tituladas *Aperturas en psicoanálisis (X)*, y celebradas en modalidad telemática los días 13, 14 y 15 de mayo en la sede del EPBCN.

sorprende que en la actualidad proliferen tantos libros y artículos hablando del narcisismo, describiendo desde algunas manifestaciones sutiles hasta trastornos completos de la conducta. Y, como si del horóscopo se tratara, encontramos, en cualquier tipo de medio, especializado en psicología o no, test para evaluar a la pareja, a amigos y a quien se ponga delante o, por qué no, auto-evaluarnos, y así adquirir un diagnóstico, cuya finalidad no está clara (¿quizá para sentirnos orgullosos del propio narcisismo?).

En general, lo que se juzga como narcisismo son las acciones que sobresalen dentro de un entorno comedido, como podrían ser expresiones prepotentes, excesiva necesidad de llamar la atención, exageración de los propios logros, falta de empatía, etc.

No negamos que esto sea así; sin embargo, nuestro interés se centrará en aspectos más sutiles de este fenómeno. Para llegar ahí, primero, partiremos recordando el mito de Narciso, buscaremos, después, el origen del término narcisismo y luego volveremos nuestra mirada sobre los textos freudianos. Estas serán nuestras bases para el posterior desarrollo.

## 2 De Narciso al narcisismo

### 2.1 Mito

Comencemos con una recapitulación del mito de Narciso, recogido en los relatos mitológicos griegos por Ovidio en *Metamorfosis III* [14]. Narciso es hijo de la bellísima ninfa Liríope y el sinuoso río/dios Cefiso, quien la tomó a la fuerza *en su fluir* (lo que significa que la violó), dejándola embarazada. Liríope, una vez nace Narciso, consulta a Tiresias por su porvenir, quien augura: *llegará a una vejez avanzada si no se conoce a sí mismo*.

Con el correr de los años, Narciso se convierte en un joven muy bello: todos aquellos que lo conocen lo aman, hombres y mujeres quedan encandilados; pero él a nadie acepta y a todos desprecia.

Entre ellos, la ninfa Eco se enamora a primera vista; se entrega, pero es tal el desprecio que sufre por parte de él, que se deja morir, transformándose en una piedra y quedando sólo su voz, que aún escuchamos. Esta conducta soberbia no pasa desapercibida. Ramnusia, sobrenombre de la Venganza, atentamente escucha y asiente a la plegaria justa de uno de los tantos despechados, que en un arrebato de rabia le desea a Narciso que le suceda lo mismo que él hacía a los demás, es decir, le desea que nunca pueda alcanzar al objeto amado.

Cuando ya ronda los quince años, un día Narciso, para saciar su sed, se acerca a un lago que está en una quietud absoluta, y ya nunca puede aban-

donar la orilla. Quedó prendado de su propia imagen, en la que al comienzo no se reconoce, pero que en sus intentos desmedidos por tomarla y por ser tomado, advierte que no es otro que él mismo y exclama:

*Ese soy yo: lo he sentido y ya no me engaña mi imagen; ardo en amor por mí: las llamas promuevo y padezco.*

Sin poder escapar del efecto de su propia imagen, muere por inanición. En su lugar, crece una flor amarilla a la que pusieron su nombre y que, según se recoge en otros relatos griegos, es utilizada como narcótico [10].

La medicina y el psicoanálisis toman este relato de Narciso como inspiración para dar cuenta de algunos fenómenos clínicos.

## 2.2 Freud y su teoría del narcisismo

### 2.2.1 Antecedentes

El psiquiatra Paul Näcke fue quien acuñó el término *narcisismo* y lo hizo para describir una perversión que consistía en: «Aquella conducta por la cual un individuo da a su cuerpo propio un trato parecido al que daría al cuerpo de un objeto sexual; vale decir, lo mira con complacencia sexual, lo acaricia, lo mimó, hasta que gracias a estos manejos alcanza la satisfacción plena» [6].

Ahora bien, Näcke toma la idea del médico sexólogo Havelock Ellis, quien en 1882 se sirve del mito de Narciso para sus desarrollos teóricos acerca del autoerotismo. Es apropiado destacar que Ellis fue un avanzado a su época, puesto que en plena era victoriana dedicó prácticamente su vida entera a estudiar la sexualidad de hombres y mujeres, cuyos resultados dejó escritos en siete volúmenes titulados *Studies of the psychology of sex* y en otras obras. Su mirada acerca del sexo, y su propia vida, no obedecían a las costumbres moralizantes de la Inglaterra de entonces, lo que le otorgó cierta libertad para hablar de la homosexualidad apartándola de la patología, por ejemplo. Una idea que será apoyada posteriormente por la teoría freudiana, entre otras.

En sus escritos, Ellis entiende que el autoerotismo es «[e]l fenómeno de la emoción sexual espontánea generada en ausencia de un estímulo externo procedente, directa o indirectamente, de otra persona» [2]; es decir, es una reacción sexual suscitada por el propio sujeto.

Y dentro de este fenómeno, detecta cuatro casos: las ensoñaciones diurnas de tipo erótico, los sueños eróticos, la masturbación y en el extremo sitúa al narcisismo. Acerca de este último, dice: «La forma extrema del autoerotismo es la tendencia a que la emoción sexual sea absorbida y a menudo se pierda por completo en la auto-admiración. Esta tendencia propia de Narciso (Narciso-like-tendency), cuyo germen normal en la mujer está simbolizado

por el espejo, se encuentra en un grado menor en algunos hombres, y a veces es bien marcada en la mujer, generalmente en asociación con una atracción por otra persona, atracción a la cual está, por supuesto, normalmente subordinada» [2].

Entonces, el narcisismo es una *tendencia* que parte de un *germen normal*, que adquiere diversos grados de intensidad y que en el caso de las mujeres en las que esta *tendencia* está más marcada, tendrá consecuencias en las relaciones que establezca con los otros.

Observamos que el espejo tiene para Ellis una significatividad especial, no es un simple objeto del mundo, sino que en la relación con él se estructuran algunos aspectos de la sexualidad. Le sirven de apoyo las ideas del psiquiatra Iwan Bloch,<sup>1</sup> quien sostiene que «El espejo [...] desempeña un papel importante en la génesis de la aberración sexual... no cabe duda de que muchos niños y niñas han experimentado por primera vez la excitación sexual al ver su propio cuerpo en el espejo» [2].

Profundizando en sus ideas, Ellis agrega que «[e]n la forma extrema, en la que sólo se puede invocar el nombre de Narciso, hay una completa indiferencia a las relaciones sexuales o incluso a la admiración del sexo opuesto. Tal condición parece ser rara, excepto, tal vez, en la locura» [2].

Sorprendente, ¿verdad? Tenemos aquí planteados gran parte de los elementos que posteriormente retoma la teoría psicoanalítica: es una tendencia, parte de un germen normal, incide en la vinculación con otros, la relación especular es estructurante (en la teoría lacaniana) y la forma más extrema se da en la locura.

### 2.2.2 Freud

Siguiendo la estela de la psiquiatría, Freud toma las ideas de autoerotismo y narcisismo de Ellis y de Näcke y las populariza. Al comienzo le sirve para explicar el origen de la homosexualidad, como podemos ver en el texto *Tres ensayos de teoría sexual* [8] o en *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci* [9], entre otros textos. Pero alrededor de 1909 ya vislumbraba que el narcisismo podría ser una etapa normal del desarrollo libidinal y, finalmente, en el texto *Introducción del narcisismo* [? ], de 1914, deja esta idea por escrito.

Leemos en ese texto: «[U]na colocación [de la libido] definible como narcisismo podía entrar en un radio más vasto y reclamar su sitio dentro del desarrollo sexual regular del hombre. Y el sitio de esta nueva colocación libidinal será la instancia yoica». Así aparece una nueva fase, la narcisista, entre

---

<sup>1</sup>BLOCH fue un dermatólogo y psiquiatra alemán, considerado uno de los padres fundadores de la sexología. Fue un opositor a la teoría de la degeneración, imperante en el ámbito psiquiátrico y luchó por la descriminalización de las relaciones homosexuales masculinas.

el autoerotismo y la elección de objeto, a diferencia de lo que pensaba Ellis.

El desarrollo pulsional sería el siguiente: en el autoerotismo las pulsiones se satisfacen autoeróticamente de forma autónoma, en la fase narcisista toda la libido está en el yo, siendo éste la fuente de toda la satisfacción, y en la elección de objeto las pulsiones se satisfacen invistiendo los objetos del mundo exterior. Estas tres formas de satisfacción libidinal están presentes siempre, es decir, no son fases que se superan, sino que la libido puede alternar entre los diversos modos de satisfacción; eso sí, atendiendo a sus preferencias debido a las fijaciones que se hayan producido.

Una colocación libidinal de este tipo, ¿qué fenómenos le permite explicar a Freud? Algunos que ya adelantó Ellis y otros completamente novedosos.

Uno, *la hipocondría*. Qué sucede en estos casos: «El hipocondríaco retira interés y libido –esta última de manera particularmente nítida– de los objetos del mundo exterior y los concentra sobre el órgano que lo atarea». Aquí, nos llama la atención que no habla del yo como instancia psíquica, sino que lo localiza en el cuerpo. Así, los órganos del cuerpo son investidos libidinalmente y, siguiendo el símil de los órganos sexuales, esa libido provoca alteraciones.

Continúa: «[A] cada una de estas alteraciones de la erogeneidad en el interior de los órganos podría serle paralela una alteración libidinal dentro del yo. En tales factores habríamos de buscar aquello que está en la base de la hipocondría». Es decir, si hay libido en un órgano hay una alteración del yo. Y más adelante agrega: «Podemos aproximarnos también a la imagen de una estasis de la libido yoica, vinculándola con los fenómenos de la hipocondría y de la parafrenia».

En estos párrafos, adelanta, lo que enunciará en *El yo y el ello* [5] cuando afirma que el yo es sobre todo una esencia-cuerpo. El cuerpo es visto por el yo como otro objeto, y son las sensaciones y las percepciones que le proporciona, tanto de la superficie como del interior, las que ayudan al yo a hacerse una representación del mismo.

En consecuencia, el cuerpo tiene estas particularidades: es un objeto extraño al que no comprendemos y que desconocemos, y lo deseamos tanto como lo rechazamos. A la vez, la imagen que vemos de él no coincide con las sensaciones que recibimos, ni siquiera con lo que nos devuelven los otros. Nuestro propio cuerpo: algo tan próximo y del cual estamos completamente enajenados.

Dos, *el delirio de grandeza* en las parafrenias.<sup>2</sup> Este delirio está provocado por el vuelco de la libido al yo. Así, el yo investido de libido, como lo fue en las

---

<sup>2</sup>*Parafrenia* es un término creado por el psiquiatra Emil KRAEPELIN (1856 – 1926) y designa a determinadas psicosis crónicas. FREUD, en *Introducción del narcisismo* [6], utiliza el término como alternativa al de psicosis, que incluye tanto la esquizofrenia como la paranoia.

fases iniciales, desborda de perfecciones y se atribuye un lugar privilegiado. Por ello, los parafrénicos afectados de este tipo de delirio se creen grandes personajes históricos, o piensan que están en el mundo para realizar proezas de gran envergadura. Entonces, si la libido está en el yo, el mundo queda sin brillo. Y en este punto, se aproxima a la idea de Ellis acerca de la locura, sólo que en su caso hacía referencia únicamente al interés por los otros, sea de orden sexual o de admiración, pero Freud da un paso más.

Tres, *un tipo de elección de objeto*, la narcisista. Aquí, Freud encuentra el motivo más fuerte que le llevó a sostener la hipótesis del narcisismo. Más frecuente en la mujer, en este tipo de elección de objeto se elige al otro según el modelo de la propia persona; es decir, me amo a mí en el otro, provocando así cierta autocomplacencia y pasividad. El amor se sacia, entonces, siendo amado. Ellis ya había señalado que en algunas mujeres, principalmente, se da un tipo de atracción de sometimiento hacia el objeto amoroso. Y la idea de sometimiento y pasividad no están muy alejadas a simple vista; sin embargo, si lo abordamos desde la teoría de las pulsiones esta cercanía se deshace. Y este marco teórico era con el que no contaba Ellis.

Quizá el punto original en Freud es la amplitud que le otorga, puesto que, en este tipo de elección de objeto no sólo puedo amar a mi yo actual en el otro, sino que también puedo amar a mi yo del pasado, o a mi yo ideal e, incluso, a mi yo cuerpo. Es decir, amar a mi yo en varias dimensiones, tal y como propone la siguiente lista. Se ama,

- a lo que uno mismo es,
- a lo que uno fue,
- a lo que uno querría ser, o
- a la persona que fue parte de sí mismo.

Llega incluso a decir que en el amor hacia el hijo, a la persona que fue parte de uno mismo, también se juega el narcisismo, en contraposición a lo que comúnmente se pensaba (y se piensa). ¿Cómo puede sostener eso? Basándose en el proceso de la sobreestimación. El amor hacia aquel que fue parte de uno mismo no es más que el narcisismo originario de los padres trasladado al hijo. Así, éste es engrandecido y deviene poseedor de todas las virtudes y perfecciones. «El punto más espinoso del sistema narcisista, esa inmortalidad del yo que la fuerza de la realidad asedia duramente, ha ganado seguridad refugiándose en el niño», afirma Freud.

La fase narcisista, entonces, aparece con un doble reforzamiento: por un lado, el propio desarrollo libidinal lleva a que el yo sea investido, engrandecido y colmado de perfecciones; y, por otro, los padres colaboran en este movimiento, justamente, con esta sobreestimación.

Cuatro, *el ideal del yo*. Nos encontramos aquí con el aporte más novedoso de Freud con respecto al narcisismo, teniendo en cuenta los desarrollos que se habían hecho hasta ese momento. Se pregunta qué ha sucedido con la libido yoica del narcisismo originario. Y responde: la libido que ha catectizado el yo infantil en la fase narcisista no se ha disuelto totalmente catectizando los objetos, sino que una parte ha erigido dentro de sí un ideal con el que compara a su yo actual. Así, con este movimiento puede seguir gozando de la satisfacción que obtenía de su narcisismo, puesto que cada acto realizado que coincida con el ideal le dará satisfacción. Entonces, «lo que proyecta frente a sí como su ideal es el sustituto del narcisismo perdido de su infancia, en la que él fue su propio ideal».

Las consecuencias de la formación del ideal del yo son, por un lado, esa parte aspiracional que busca llegar a cierta perfección, pero, por el otro, la pura exigencia que nunca se sacia, que pide y demanda al yo incansablemente; y a mayor distancia de ese ideal, mayor es la sensación de estar en falta, mayor es el sentimiento de culpa, de fracaso.

Esta idea se desarrolla y complejiza a lo largo de su obra. En el texto *El yo y el ello* [5] aparece el superyó como instancia psíquica, que incorpora a este ideal, junto con la conciencia moral, la observación de sí, la censura. Todas instancias de auto-observación y control.

Posteriormente, en *El malestar en la cultura* [4], a raíz de una analogía que realiza entre el desarrollo individual y el cultural, sostiene que cada comunidad crea un superyó cultural, portador de ideales, cuyo incumplimiento se castiga con angustia.

Entonces, no sólo contamos con exigencias superyoicas individuales, sino que también la cultura nos apremia con sus propios ideales.

Una vez hecho este recorrido, pondremos a jugar todos estos aspectos en los siguientes puntos.

### 2.3 Narciso y el narcisismo

Sin duda, si hablamos de Narcisismo no podemos dejar de lado el cuerpo, el espejo y la imagen. Así que nuestro primer punto nos hará pensar en los espejos actuales y en ciertas consecuencias que observamos con frecuencia en la clínica.

El segundo, se centrará en la elección de objeto narcisista, en especial en la que atañe al hijo, para poner de relieve algunas particularidades que se están dando en este tipo de vinculación actualmente.

Y nuestro último punto, girará en torno al delirio de grandeza, no como fenómeno psicótico, que sería su extremo, sino como un fenómeno de engrandecimiento del yo que es reforzado por lo social.

Comencemos por la primera de ellas.

### 3 ¿Quién es ese?

#### 3.1 Imagen, espejo y yo

Hacia el final del libro *1984*, de George Orwell, nos encontramos con la siguiente escena sobrecogedora: Winston es el personaje principal y ha sido detenido por el Partido acusado de conspiración. Después de meses siendo torturado, él se niega a delatar a Julia, la mujer que ama, y a aceptar el régimen que impone el poder. Su paciente torturador O'Brien, en uno de los largos interrogatorios, le pregunta: *¿Te consideras un hombre? Sí*, responde él. *Si lo eres, debes de ser el último*, le dice O'Brien con desafío. Y acto seguido le ordena que se quite la ropa y se ponga frente a un espejo de tres hojas que hay en la sala. Winston no había visto su cuerpo reflejado en ninguna superficie desde su detención. Esto es lo que ve:

*Una especie de esqueleto encogido y grisáceo se estaba aproximando a él. La apariencia era aterradora, y no sólo porque supiera que era él. Se acercó al espejo. Estaba tan encorvado que la cara de aquella criatura parecía sobresalir de un modo muy extraño. Era una cara triste de presidiario con una frente cubierta de bultos y el cuero cabelludo calvo, la nariz ganchuda, los pómulos machacados y la mirada feroz y alerta. Las mejillas tenían varios costurones y la boca parecía tensa. Sin duda, era su cara, pero le pareció que había cambiado por fuera aún más que por dentro. Las emociones que registraba eran distintas de las que sentía [...] Pero lo verdaderamente espantoso era la delgadez de su cuerpo [...] Entonces, entendió por qué O'Brien había insistido en que se viese también de lado. La curvatura de su columna era sorprendente. Los hombros estaban tan encorvados hacia delante que el pecho era una cavidad y el cuello delgado se había doblado bajo el peso del cráneo. Si le hubiesen preguntado, habría dicho que era el cuerpo de un hombre de unos sesenta años aquejado por una enfermedad maligna [13].*

Este acto lo quebró definitivamente. No pudieron vencerme con la tortura física, la humillación, el encierro, el hambre. Posiblemente hubiese muerto antes que capitular. Sin embargo, la propia imagen del espejo le convenció de que ya no había nada que hacer, ya estaba doblado, doblegado, enfermo. *Olía a cerdo*, ya no era humano. Esa imagen le apagó *la mirada feroz y alerta*.

En las siguientes líneas, Winston ya está en proceso de recuperación para ser finalmente liberado.

La imagen que nos mira desde el espejo tiene un efecto implacable. En el caso del *infans*, esa imagen, en la que él aún no se reconoce produce la primera identificación imaginaria, clave para la formación del yo, base para las siguientes identificaciones que lo irán conformando a lo largo de la vida y matriz del yo ideal. Así lo desarrolla Lacan en *El estadio del espejo* [11], dando un enfoque original a lo desarrollado por Freud y recordándonos a Ellis en el uso que hace del espejo como objeto clave.

El yo, es así, un conglomerado de identificaciones en constante movimiento: toma rasgos de los otros y, a la vez, es retroalimentado por aquello que el espejo le devuelve. Es evidente en Winston, ese del espejo es otro que el del alma. Las sensaciones que él registraba no coincidían con lo que sentía, el del espejo era él y otro a la vez. La imagen tiene un poder constituyente, ya sea para conformarnos, para regodearnos en ella o para destruirnos. En ningún caso es inofensiva.

### 3.2 La diferencia como amenaza

Ahora bien, vivimos en un mundo rodeados de imágenes que nos ponen delante un ideal cultural: si compramos un portarretratos ya viene con una foto de una familia ficticia rebosante de felicidad, perro incluido, o una pareja abrazada mirando una puesta de sol sobre el mar. *Yo quiero eso*, escuchamos en la clínica.

Quieren ser ese del cuadro, y lo intentan. En cada foto que sacan sonríen, o están haciendo el tonto rodeados de amigos, o contemplando con aspecto de absoluta serenidad un paisaje precioso, o gozando con deportes de riesgo. Objetivo: mostrar a los otros lo bien que se lo pasan y, además, convencerse ellos mismos, verse e identificarse con esa supuesta felicidad que muestran. Se trata de eso, ¿no? Se cree que alcanzar ese ideal del portarretratos es alcanzar el propio ideal. Tendría que haber satisfacción narcisista. Soy guapo, potente, perfecto y reboso de éxito y felicidad, en la foto, así que tendría que sentir eso; pero no es así, por dentro todo es distinto. La sensación es de desesperación, puesto que ellos creen que en los demás la foto refleja exactamente su interior y, por lo tanto, el modelo les funciona, y a ellos este modelo les falla.

En estos casos, observamos que, por un lado, está fusionado el propio ideal con el ideal cultural, entonces, lo que les haría felices o, mejor dicho, lo que les sentaría bien, no coincide con el superyó cultural y los modelos ideológicos imperantes. Sin embargo, insisten en encajar en esa foto.

Y, por otro, en esa fijeza hay una mirada que recae exclusivamente sobre el propio individuo, el otro es sólo un objeto con el cual medirse, competir,

copiar, es una imagen que se quiere alcanzar, pensando que ese es el lugar al que hay que llegar. Así, no hay espacio para las diferencias, y éstas se tornan fuente de angustia, de malestar, de incertidumbre.

Entonces, el otro como tal, no está en ningún lado: es una imagen, o bien, un objeto con el que voy haciendo pruebas para ver si me da satisfacción o no, lo pruebo, como si fueran un helado. Si me gusta, repito. Si no sale bien en mi foto, lo aparto. Es decir, el otro no aparece como alguien a quien investigar y conocer, no hay curiosidad por su forma de hacer y pensar, sino que las reflexiones que se hacen son del orden: *no entiendo por qué hace eso, yo no lo haría...*

Así se establece un juego desconcertante, la felicidad está en el otro, pero cuando se acerca, no construyo nada con él, sino que le impongo qué hacer para que cuadre con mis ideas. Si el otro se niega, lo desprecio, lo infravaloro, no quiero saber nada más de él. Y, así, vuelvo a empezar.

En otros casos, observamos un fenómeno diferente, el otro aparece como una amenaza para la propia identidad. Si se acercan demasiado temen dejar de ser ellos mismos, temen que su forma de ser, su personalidad, se difumine, que se mezclen con el otro hasta llegar a deshacerse. Escuchamos en algunos pacientes frases del orden: *¿por qué tendría que aceptar lo que piensa él/ella? Yo soy así, si cedo en eso, ¿qué viene después?, ¿todo lo que siento está mal?* Y no estamos hablando de cuestiones de carácter aquí, aunque los pacientes a veces lo nombren de esa forma, sino de lo que ellos describen como sensaciones fuertes de despersonalización, de fusión con el otro.

En este temor a la desintegración se juegan aspectos regresivos, es decir, hay un reforzamiento narcisista, *yo soy así*, y cualquier movimiento que le quite de allí y le lleve a cierta vinculación con el otro es vivido como un retroceso a la fase previa, autoerótica, en la que el cuerpo está desarticulado. Produce así una grieta en el espejo que en los casos más extremos se manifiesta como un miedo a la desaparición de sí, de identificaciones fundamentales para él, reforzando aún más la fijeza en el yo.

La apuesta en la clínica sería llevarlo hacia adelante, es decir, a que pueda libidinizarse otros objetos sin sentir que se desmorona, pero en algunos casos es realmente delicado, puesto que ese yo reforzado es la forma que encontró para sostenerse, para sentir estabilidad en el mundo. Si queremos modificar eso, tenemos que tener cierta garantía de que podrá dar el siguiente paso, y eso es difícil de anticipar.

Otra consecuencia de este reforzamiento narcisista es el desarrollo de rasgos paranoides. Aquí, el mecanismo proyectivo manda. Los propios pensamientos y deseos son proyectados en los otros y, por lo tanto, lo que digan o hagan será interpretado de forma persecutoria. Cada cosa dicha abrirá la sospecha y entrará dentro del circuito delirante, por nimia que sea, sin ver

que son ellos como los que provocan la situación. Un paciente comentaba, muy enfadado: *¿Por qué todos me escriben en el Whatsapp para saber cómo estoy? ¿Qué esperan de mí?* A lo que tuve que responderle: *¿Quizá porque has comentado en ese grupo de Whatsapp que tienes una enfermedad terminal?*

La relación con los otros se vuelve, así, insostenible. El runrún mental no para, interpretando y sobreinterpretando: *cuando me miró se acomodó las gafas, eso es porque le excito*. Cuando el excitado era él. En estos casos, no se desarrolla un delirio como tal, sino que la visión del mundo está atravesada por estas ideas persecutorias. El otro es depositario de pensamientos conscientes e inconscientes y desde ahí me juzga, me acosa, me castiga, me exige.

La sensación de pérdida de la realidad en estos casos conlleva mucha angustia, puesto que ya no saben qué es de ellos y, efectivamente, qué es de los otros. Lo intentan, pero muchas veces sólo consiguen entrar en un bucle de sobreinterpretaciones, para su propia y mayor desesperación.

Consecuencias en cualquiera de las circunstancias que hemos desarrollado: un mundo cada vez más reclusivo, centrado en la esfera yoica. Aunque el entorno esté plagado de otros seres humanos, su agenda esté llena de eventos sociales y se desarrollen muchas actividades, lo que produce mayor desorientación.

A Winston la imagen le opacó la mirada y el alma. A otros esa imagen les dispara la angustia, el miedo a la difuminación de su ser, o bien se transforma en una mirada despiadada y persecutoria.

## 4 Un hijo, los hijos, mi hijo...

Si las diferencias son una amenaza, *la inclinación a la elección narcisista de objeto, más próxima y menos difícil que la orientación hacia el otro sexo* [7] y, agregamos, hacia el otro en general, se abre como una opción preferente. Freud está hablando de la elección homosexual de objeto, pero en líneas generales lo cierto es que debido al desarrollo libidinal queda facilitado amar aquello que es más próximo a mí. Y el amor hacia los hijos, como hemos desarrollado, es una vía para la satisfacción narcisista. Ilustraremos este punto con una viñeta clínica.

Paula es única hija. A lo largo de su vida ha tenido grandes dificultades para relacionarse con sus pares: nunca se sentía cómoda, le costaba expresar lo que pensaba. Únicamente con sus progenitores se sentía tranquila. La felicidad y el bienestar los encuentra con su primera y única relación de pareja aunque, debido a que ambos esperaban cosas distintas de la relación, al cabo de cuatro años lo dejan. Esta ruptura la aísla del mundo: sólo sale

para trabajar y el resto del tiempo se atrinchera en su casa. Pasados unos cuantos años, en esta soledad decide tener un hijo, por inseminación artificial para volver a sentir aquella felicidad. Puesto que la apuesta no funcionó y tiene problemas para vincularse con su hijo, viene a consulta.

Reflexionamos acerca de esta situación, que no deja de ser la de muchos, tengan el hijo solos o en pareja, no es eso lo que estamos analizando.

Toda la vida el encuentro con el otro fue un fallo constante: angustia, malestar, incapacidad para vincularse. Los objetos exteriores a la familia fueron enigmas desconcertantes y fuentes de displacer. Y la pareja le *funcionó* porque a él le pasaba lo mismo: no tenía otros vínculos más allá de ella.

En este contexto, podemos comprender que la idea de tener un hijo sea el intento de generar su propia familia y encontrar en otro lugar la comodidad que tenía con los padres. Pero, en verdad, lo que ella buscaba era recuperar la felicidad que había sentido con su pareja. Ahora bien, esta idea nos abre varias preguntas: ¿por qué piensa que un hijo le dará eso? En todo caso, tendría que ser una nueva pareja, ¿verdad? Además, si toda su vida el vínculo con los otros fue un desastre, donde no encontró bienestar alguno, ¿por qué con el hijo tendría que ser diferente, cuando, además, educar a un hijo es una de las tareas más difíciles que hay? ¿Acaso ser padres es una nueva foto que estamos vendiendo? Y si es así, ¿no estamos yendo demasiado lejos?

*Un hijo para hacerme feliz, para hacer cosas, para que me acompañe de mayor, para vivir la maternidad/paternidad*, etc. Son, entre otras, algunas de las respuestas que escuchamos en la clínica para justificar los deseos egoístas de tener un hijo. Y sí, son egoístas porque en ningún caso piensan en el niño. Aunque también es cierto que encontrar motivos que escapen al egoísmo es difícil.

¿Por qué un hijo? La respuesta es evidente: tener un hijo es otra forma de vinculación narcisista, como lo fue su pareja. Entonces, ¿cómo es que no encuentra la felicidad o, al menos, cierta satisfacción? Y este es el punto a destacar: observamos que en esta situación se produce un fenómeno distinto a la clásica sobrestimación del objeto que describimos anteriormente, puesto que ese narcisismo que tiene que proyectarse en el niño para satisfacción de los padres y desarrollo del propio niño, dura muy poco tiempo y rápidamente estos hijos terminan decepcionando: *lo traje al mundo para ser feliz, pero lo que siento es agobio y aburrimiento*. Que los padres se decepcionen con la trayectoria de sus hijos no es ninguna novedad; ahora, que lo hagan a los tres meses después de haberlos tenido, empieza a ser francamente preocupante.

Nos encontramos, actualmente, con dos discursos en paralelo. Uno, que se ha desarrollado, principalmente, a partir del siglo XX, y que pone en el centro el interés por el niño y por la infancia, como una etapa importante del desarrollo del futuro adulto, con el consiguiente despliegue de disciplinas

y prácticas. En este contexto, el niño/hijo adquirió cada vez más relevancia y la sobreestimación fue una consecuencia, llegando a situaciones extremas que reflejan la famosa expresión de Freud: *His majesty the baby*.

Y otro, en el que este hijo es un objeto de consumo emocional, tal y como lo llama Zygmunt Bauman [1], del que se espera una inmensa satisfacción (narcisista) proveniente de la realización de ciertas fantasías parentales: de sentir la experiencia de la maternidad o la paternidad (esta última es algo nuevo). Al menos eso es lo que decía el catálogo. Pero ocurre que la dependencia, el compromiso y la responsabilidad que traen aparejados el ser padres, en nuestra actual sociedad, desencadenan diversas dolencias y malestares con los que no se contaba. La vinculación filial tendría que ser el modelo de vinculación sólida, puesto que de partida hay una situación de indefensión y necesidad por parte del niño. Pero, en ocasiones, en vez de aceptar ese lugar que los hace dependientes a ellos también, se da paso hacia atrás. Entonces, no sólo no aman a sus hijos como deberían, al menos eso es lo que sienten y en algunos casos es real, sino que, además, los hacen responsables de la propia insatisfacción.

Cabe preguntarnos qué sucede con ese narcisismo originario que busca refugio en el hijo, tal y como lo desarrolló Freud. Puesto que vivimos en un mundo de vinculaciones lábiles, la libido tiene facilitado el yo como refugio. Así, si el objeto decepciona, sea la pareja, el trabajo o el hijo, el retorno al yo es la opción más fácil, pero este movimiento no es gratuito.

Las consecuencias son diversas. Malestar acompañado de culpa, que en ocasiones sólo sirve para volcarse de una manera excesiva sobre el niño, produciendo relaciones cargadas de angustia. Es decir, los deseos de eliminación inconsciente operan en la conciencia de forma reactiva. Somatizaciones corporales hipocondríacas, lo que no se puede manifestar va al cuerpo inervando y tensionando la musculatura o afectando el funcionamiento de órganos. Refuerzo de rituales y de acciones obsesivas como intento de mantener a raya la propia hostilidad, tarea imposible que acentúa estos rituales y acciones. Depresiones porque se ha entrado en una situación de difícil salida: al hijo no se lo puede bloquear en Facebook, ni devolver por Amazon. Y todo esto acompañado de culpa, mucha culpa, porque debajo de la decepción está el arrepentimiento por lo que han hecho y eso de ninguna forma puede aparecer en la conciencia.

Parafraseando a Freud, *estamos obligados a amar para no enfermar*, aunque sea de forma narcisista, agregamos nosotros. Pero este fenómeno muestra una realidad poco agradable: el amor hacia los hijos está siendo tocado por el momento histórico, en el que todas las vinculaciones son cada vez más fugaces, líquidas y de satisfacción momentánea. Entonces, el hijo, último amparo de las vinculaciones sólidas, rápidamente desengaña, como lo haría un par

de zapatos nuevos. A partir de aquí, una retirada libidinal que acrecienta el narcisismo y la individualidad.

El panorama es un poco desolador. Y lo que sigue no lo mejorará.

## 5 Un mundo hecho a nuestra medida

El documental *El dilema de las redes sociales* [12] explica cómo todo aquello a lo que accedemos a través de los medios tecnológicos se configura en función de nuestros propios intereses. Cada vez que buscamos información, leemos un artículo, compramos un objeto o, incluso, nos detenemos unas milésimas de segundo para leer el titular de una noticia, todo eso queda grabado y posteriormente el móvil, la tablet o el ordenador nos invaden con información vinculada a esa micro acción, involuntaria en ocasiones. Así, los algoritmos insertos en la red saben más de nosotros que nosotros mismos. O eso parece.

Ahora bien, si siempre recibo información relacionada con mis propios intereses, eso me puede llevar a pensar que el mundo está configurado de esa manera, acentuando mis ideas y produciendo un otro exterior más radical, alejado y, ya puestos, que no entiende lo que está sucediendo, cuando yo claramente sí que lo domino, ya sean cuestiones políticas, ideológicas, religiosas, económicas, etc.

Este fenómeno, evidentemente, acentúa el propio narcisismo hasta puntos que pueden llegar a lo delirante, puesto que en este microuniverso en el que está inmerso, cualquier cosa que piense puede ser respaldada por vídeos de Youtube, artículos online, opiniones de *científicos*, etc. Hoy todo se puede sostener si uno busca en la red, incluso: ¡que la tierra es plana!

Y este hecho, para aquellos con rasgos obsesivos marcados, sirve de base para sus elucubraciones. Si esa idea no la cree sólo él sino que toda una comunidad la apoya, el principio de realidad queda trastocado y no atiende a argumentos. Y sabemos que hablar de principio de realidad es en sí conflictivo, pero si lo que pienso no entra dentro del juego de la incertidumbre, la duda o el diálogo, no tenemos una idea o pensamiento, sino que tenemos una certeza. Y las certezas están más bien cerca del campo sectario o psicótico.

Cada vez nos encontramos más con este tipo de perfil, en el que todo funciona, pero hay ideas que no están sujetas a negociación. La comunidad a la que se cree vinculado actúa como un factor central, puesto que le da el sostén para atribuir a lo exterior, o al otro, diferentes intenciones manipulativas, así que la desconfianza es lo que prima. Nos encontramos nuevamente con aspectos paranoides y con el mecanismo proyectivo: *No soy yo el que no sabe lo qué sucede, sino que es él y quiere... manipularme, someterme,*

*obligarme a*, etc. La diferencia es que en los otros casos analizados, en los que había rasgos paranoides, había una intención por acercarse y vincularse y, justamente, la sensación de pérdida de la realidad era la que producía angustia. Aquí, la angustia no se siente de forma consciente, y el interés por acercarse al otro no está.

Lo que sucedió con la pandemia fue paradigmático y puso en evidencia algo que ya estaba sucediendo con otras cuestiones: miles de teorías que circularon y aún circulan, contradictorias algunas de ellas, delirantes otras. Todas tenían adeptas y a aquellos que las cuestionaban se les suponían malas intenciones y/o encarnaciones de un poder maligno y manipulador.<sup>3</sup>

Lo cierto es que lo vivido causó un daño psíquico a mucha gente que aún, por estar demasiado cerca de lo sucedido, no podemos dimensionar.

Ahora bien, en este entramado hay otra trampa, podríamos decir. Porque puedo creerme ciegamente todo lo que está en internet o realizar un esfuerzo para tener una mirada más distanciada y crítica. La dificultad estriba en que automáticamente se instala una sensación de no saber efectivamente qué es lo que sucede. Puesto que si todo se puede sostener nada es válido, o, al menos, es lo que nos hacen creer o sentir. Pero la pregunta inevitable es ¿quiénes? ¿El poder, los gobiernos, las multinacionales, los que poseen las mayores fortunas, los mercados...? Nos hemos perdido y nos quedamos con cierta sensación de desconfianza, a las puertas del espíritu paranoide.

¿Cómo salimos de ahí?, ¿se puede salir de este mundo en el que todos tienen una opinión y no está bien visto discutirla? Con esta crítica ¿no estaremos cayendo en el lugar que justamente denunciemos?

Preguntas de difícil respuesta.

## 6 Conclusión

Todo está organizado para que estemos conectados pero no vinculados, para sentir que fluimos y nos deslizamos, entrando y saliendo de países, de intereses, de grupos, de personas, de aspiraciones, etc. Para que podamos alcanzar nuestros deseos. Para encontrar refugio en nuestras ideas y creencias, y así sentirnos en una comunidad. Y, en sí, esto no está ni bien ni mal.

Sin embargo, lo que observamos en todos estos escenarios, y en otros, es que la sensación de soledad está más presente que nunca, lo escuchamos de los pacientes, de lo que les sucede en el día a día. Pacientes de diferentes edades y diversos contextos sociales, culturales y económicos.<sup>4</sup>

---

<sup>3</sup>También es cierto que encontrar algo que tuviera un poco de sentido fue una tarea casi imposible.

<sup>4</sup>De hecho, la soledad está considerada una pandemia y el mayor reto del siglo XXI por

Entonces, no es difícil establecer una correlación: a mayor labilidad vincular, más retraimiento yoico; es decir, más narcisismo y más sensación de estar solo. Porque el otro ya no acompaña como se espera. La red, la comunidad, ese algo de lo que se quiere participar, es efímero. Lo que reina es la desconfianza, dejando al individuo desamparado y frágil. Reina la incertidumbre y la angustia por no saber qué hacer con las diferencias. Reina la decepción y la culpa por no estar a la altura de lo que se espera o se debe. Reina la desesperación por desear alcanzar ciertos ideales para sentirse así partícipe de algo.

¿Hay una salida? Quizá; a simple vista, no es fácil predecirlo. Lo evidente es que si continuamos así, terminaremos muriendo como Narciso, la diferencia es que él sabía que se estaba amando a sí mismo cuando se miraba en el lago, lo dice claramente. Nosotros moriremos sin entender qué ha sucedido, narcotizados, angustiados y amándonos en el espejo. Amándonos en el malestar. Amándonos en todo aquello que se deshace en nuestras manos.

*Barcelona, marzo 2022*

## Referencias

- [1] Zigmunt BAUMAN. *Amor líquido*. España: Fondo de Cultura Económica, 2015.
- [2] Havelock ELLIS. «Auto-erotism: a studie of of the sponteneous manifestations of the sexual impulse, I». *Estudios sobre la sexología*. Primera edición digital.
- [3] Silvina FERNÁNDEZ. *En la trampa*. En *Textos para pensar*, 2017. URL: <https://www.epbcn.com/textos/2017/03/en-la-trampa/>
- [4] Sigmund FREUD. «El malestar en la cultura». En *Sigmund Freud Obras Completas*, vol. XXI: *El porvenir de una ilusión, El malestar en la cultura y otras obras*. Buenos Aires: Amorrortu, 2001.
- [5] Sigmund FREUD. «El yo y el ello». En *Sigmund Freud Obras Completas*, vol. XIX: *El yo y el ello y otras obras*. Buenos Aires: Amorrortu, 2000.
- [6] Sigmund FREUD. «Introducción del narcisismo». En *Sigmund Freud Obras Completas*, vol. XIV: *Contribución a la historia del movimiento*

---

muchos gobiernos.

- psicoanalítico, Trabajos sobre metapsicología y otras obras*. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.
- [7] Sigmund FREUD. «Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paraonia y la homosexualidad». En *Sigmund Freud Obras Completas*, vol. XIII: *Totem y tabú y otras obras*. Buenos Aires: Amorrortu, 2000.
- [8] Sigmund FREUD. «Tres ensayos de teoría sexual». En *Sigmund Freud Obras Completas*, vol. XIV: «Fragmento de análisis de un caso de histeria» (caso «Dora»), *Tres ensayos de teoría sexual y otras obras*. Buenos Aires: Amorrortu, 1978.
- [9] Sigmund FREUD. «Un recuerdo infantil de Leonardo Da Vinci». En *Sigmund Freud Obras Completas*, vol. XI: *Cinco conferencias sobre el psicoanálisis, Un recuerdo infantil de Leonardo Da Vinci y otras obras*. Buenos Aires: Amorrortu, 1999.
- [10] Robert GRAVES. *Los mitos griegos*. Barcelona: Círculo de lectores, 2004.
- [11] Jacques LACAN. «El estadio del espejo como formador de la función del yo [Je] tal como se nos presenta en la experiencia analítica». *Escritos 1*. México: Siglo Veintiuno Editores, 2001.
- [12] Jeff ORLOWSKI (Director)(2020). *The Social Dilemma*. [El dilema de las redes sociales]. [Documental]. Exposure Labs, Argent Pictures, The Space Program.
- [13] George ORWELL. *1984*. España: Debolsillo, 2013.
- [14] Publio OVIDIO NARSEN. *Metamorfosis* En *Letras universales, Amores. Arte de amar*. Madrid: Cátedra, 2003.